

Impropiedades troglodíticas. ("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 30 mayo 1916).

Impropiedades troglodíticas
(Para La Nación)

Salamanca, abril de 1916

Abi correspondencia sobre "Lo de Gibraltar", publica de aquí mismo en el número del día 12 del último febrero, me ha valido algunos comentarios epistolares y de ello me complazco. Los más de esos comentarios son favorables a mis manifestaciones y me llegan en tono de aprobación y de ani-

mación y aun me procuran nuevas armas. Otros, en cambio, y es ello muy natural, combaten y censuran mis ideas. Y esto también me honra y me anima. ¿Cómo voy yo a creer ni a querer que piensen como yo mis lectores todos? Pero hay algo que me honra y me anima todavía más corroborándome en mi espíritu y amonestándome a proseguir mi campaña, y es que entre éstos que disintiendo de mí me combaten, los más de ellos usan en vez de argumentos improprios, y es su lenguaje el propio de las gentes que careciendo de razones y no queriendo callarse se desahogan del modo menos racional posible. Y como algunos de estos desgraciados—¿qué otro nombre he de darles?—parecen pretender representar a mi patria y la de ellos, a España, y figurarse que cuando, uno combate sus prejuicios y sus mezquinas pasiones, es que censura a su patria—y la mía,—bueno es que sepan que el mejor servicio que pueden rendir a nuestra España es el de que no se crea fuera de ella que todos los españoles desbarramos como ellos desbarran.

Es muy cómodo eso de salirse uno de su patria llevando un costal de preocupaciones y cuando se lo denuncian y ridiculizan o censuran gritar que están ofendiendo a su patria. Acaso tengan razón los que dicen que la ropa sucia debe lavarse en casa, aunque hoy, por muy dentro de ella que se lave, se entera bien pronto la vecindad de semejante operación, pues no hay ya, con esto de la prensa, secretos nacionales que no trasciendan al punto al extranjero. Mas cuando uno de mi casa se va a la de otro llevando a cuestras ropas sucias, con una camisa pingosa acuso, nadie podrá censurarme el que yo haga público que no es esa la costumbre de los míos, y que si ese sujeto padece la voluptuosidad

del pringue, el regodeo de la sordidez, eso no es sino una triste e inevitable excepción en mi casa. Que cada palo, pues, aguante su vela.

Y esas cartas de compatriotas míos—las menos de ellas, repito,—en que al protestar contra lo que yo dije acerca de la aharaca germanística por lo de Gibraltar, lo hacen en la forma menos decente posible y con expresiones de un selvático trogloditismo, me traen como de la mano a hablarlos de otros tristes documentos que Mr. P. Paris, profesor de arqueología y de historia del arte en la universidad de Burdeos, y director de la Escuela de altos estudios hispánicos de Madrid—uno de los franceses que más amorosamente conoce a España y más inteligentemente la ama,—ha publicado en el número del «Bulletin Hispanique» (revista trimestral), correspondiente al primer trimestre de este año.

Algunos de mis lectores conocerán esta revista, pero no todos. Pertenece a los Anales de la Facultad de Letras de Burdeos y de las universidades francesas del Mediodía: Aix Burdeos, Montpellier y Tolosa. Se publica trimestralmente desde 1899, va ya en el tomo XVIII y en ella han aparecido interesantes trabajos sobre nuestra literatura y nuestra historia. Es, sin duda alguna, la mejor revista sobre cosas españolas que se publique fuera de España; me atrevo a decir que casi la única. Los más eminentes hispanistas franceses, Merimée, Morel-Fatio, P. Paris, Cirot, figuran en su consejo de redacción. Es el órgano del intensísimo movimiento hispanista de las universidades del Mediodía de Francia, sobre todo las de Tolosa y Burdeos. Podremos o no estar conformes los españoles todos que a estudios literarios o al cultivo directo de la literatura nos dedicamos con las direcciones o las conclusiones técnicas de esos estudiosos—y yo he manifestado más de una vez, y aquí mismo, mi descontento con ellas en varios puntos;—pero lo que nadie podrá negar es la bonísima intención que a esos doctos investigadores les guía y el amor que han puesto en su estudio de las cosas de España. No son amigos de la vispera. No son de esos de quienes se dice ahora aquí que se han puesto, después de la guerra y en previsión de sus consecuencias, sobre todo económicas, a adular a España y a descubrir en nosotros, los españoles, virtudes que antes no nos reconocían y acaso algunas que no tenemos. No, no son esos. Son de los que han juzgado con inteligencia—y decir inteligencia es decir amor, aunque no le parezca siempre así al juzgado—a nuestra patria, cuando otras la desdefiaban sin conocerla. Y quiero repetir una vez más que en ninguna parte se ha escrito en estos últimos años más horrores de la España de hoy que en la patria de aquel Schlegel que exaltaba a Calderón. Y traigo este ejemplo porque nos están cautivando ahora con él.

Pues bien, el último número del «Bulletin Hispanique», el de enero a marzo de este año, trae un trabajo de P. Paris titulado: «L'Espagne et la guerre, Kultur et civilisation», en que se aporta documentos sobre una de nuestras más tristes enfermedades, a la que ha sacado a flor de piel, como un infecto sarpullido, esto de la guerra. Y yo me complazco en denunciarla una vez más, en primer lugar para que no se nos juzgue a los españoles todos por unos cuantos perturbados ni se cargue a cuenta de la civilización española, que es civil y bien civil, profundamente civil, la incivilidad e incivilización de algunos tro-

gloditas sedicentes tradicionalistas—ignoran la verdadera tradición—y hoy en su mayoría germanófilos—en razón sobre todo de que su ignorancia, casi enciclopédica, se extiende a Alemania y de que teniendo en sus malas pasiones que odiar algo, odian lo que tienen más cerca y creen conocer un poco—y la denuncia en segundo lugar para advertir a los españoles de allende los mares, a los radicados en una tierra hospitalaria, que procuren no hacerse una excepción entre los pueblos civilizados.

Sabido es que desde que estalló la guerra unos y otros beligerantes han sostenido, a la par que una lucha a cañonazos, otra lucha a plumadas, que unos y otros han inundado los países neutros de telegramas y periódicos y hojas sueltas y folletos. Aquí, en España, los alemanes—hay que hacerles esta justicia—empezaron antes que los aliados. La propaganda alemana por medio de la prensa y del telégrafo ha sido mucho más activa que la de los aliados y empezó mucho antes. Tomáronse la delantera en esto lo mismo que la habían tomado en el ataque con las armas de fuego. Y lo mismo que este ataque tenían premeditado y preparado también el otro, el ataque de prensa. Como que mucho del germanofilismo español se explica porque los alemanes inundaron de embustes a España en los primeros meses de la guerra e hicieron creer aquí en su invencibilidad a los papanatas, y para éstos aquel a quien estiman invencible tiene siempre razón, sea lo que fuese lo que pretende. Y nuestros pobres trogloditas rienden culto a la fuerza bruta.

Dice P. Paris: «Los aliados, armados primero de paciencia y de longanimidad, han creído al fin necesario, no más que en noviembre de 1914, responder a las mentiras desvergonzadas de la agencia Wolf y del cónsul alemán de Barcelona—que ha de quedar legendario—a las queubraciones reptilíneas de un relojero difamador, a los ataques violentos y sin vergüenza de ciertos diarios vendidos cuya rápida fortuna no era para nadie un misterio. Tomó, pues, un comité internacional la iniciativa de publicar periódicamente una serie de pequeños boletines en los que en forma concisa, siempre moderada, a la francesa, se insertaban y se comentaban sobriamente los documentos diplomáticos, militares, políticos, propios para dar a conocer los hechos y los escritos, los discursos que los imperiales ignoran, deforman o falsifican sistemáticamente, para restablecer la verdad frente a la mentira, esparcir el conocimiento preciso de las atrocidades, crímenes y sacrilegios alemanes, en una palabra, para defender la justicia, el derecho, la razón y la humanidad contra la iniquidad y el perjurio, contra la fuerza inmeral, en una palabra, contra la barbarie enmascarada de Kultur.»

Pasa luego a decir P. Paris que quienes más tarde escriban la historia de la guerra, en España, compararán los «Documentos e informes» del comité internacional de propaganda con las hojas adversarias, y juzgarán



cuál de las dos campañas fué llevada, no ya con más violencia y habilidad, sino con más tacto, gusto, sangre fría, prudencia y fuerza convincente. Y aquí debo declarar yo que si uno hubiera de inclinarse a uno u otro de los bandos—y la neutralidad moral no es más que una cosa monstruosa e inhumana—atendiendo más que a las razones mismas al modo de exponerlas—y acaso lo más íntimo de un argumento está en el tono de su exposición—la elección no es dudosa. Así como el ataque de las armas de fuego alemán se distinguió por su violencia y por la brutalidad de sus procedimientos de aterrorización, ensañándose en gente inerme e indefensa y tratando de dominar por el terror al pueblo, no ya al ejército, belga, así su ataque de pluma, por lo menos aquí en España, se distinguió también por la brutalidad y grosería de su violencia. Los sarcasmos impíos, las burlas cínicas, los insultos, estuvieron de su parte. Había que leer las justificaciones (!!!) que de las atrocidades germánicas en Bélgica daban las hojas que aquí publican los alemanes—entre ellos el ya legendario relojero—y los germanófilos españoles, cien veces más groseros que los alemanes mismos. Y lo peor es cuando pretendían o pretenden aún ser graciosos, irónicos o insidiosos. Toda la ironía y toda la insidia se les convierte en la más zafia brutalidad.

A lo que hay que añadir la hipocresía. Cuando los aliados se han puesto a defender su causa con la pluma, aquí, en España, han hablado noble y lealmente de su propia causa, del derecho y justicia que creen que les asisten, mientras que los otros, los tudescos, fingen cuidarse de nuestra causa, de la de España, no de la suya. Y esto no es más que hipocresía. Hipocresía y nada más que hipocresía lo de hablarnos de Gibraltar como si se les diese un ardite de ello y como si ellos, en caso de disponer de esa plaza, nos la hubiesen de entregar en vez de quedarse con ella. Hipocresía y nada más que hipocresía cuanto han dicho de su amistad a España, en la que sólo buscan un mercado donde colocar su quincalla material e intelectual, todo su género barato y malo, tanto de artículos manufacturados como de doctrinas «mentifrotadas». Porque últimamente trabajaban las doctrinas—la ciencia, el arte, la filosofía, la literatura y hasta la religión—como trabajan los artículos materiales y de industria: a máquina. Como tienen máquinas físicas para hacer tornillos, tienen máquinas lógicas para hacer teorías, y el obrero que maneja estas últimas no necesita ni más personalidad ni más espontaneidad que el que maneja aquéllas.

Cuenta luego P. Paris cómo su campaña de propaganda, la de los aliados, tuvo aquí el don de irritar a un número de personas y cómo éstas no pudieron quedarse con su irritación. «Y he aquí—añade—para la gloria de estos nobles adoradores del kaiser y de sus dignos súbditos todo un manojito de flores hispano-germánicas que sería lamentable dejar que se sequen en nuestros cartones.»

Los más de los que recibían esos «Documentos e informes» del comité internacional de propaganda de los aliados los leían o no, hacían o no caso de ellos, les prestaban o no les prestaban fe; pero, como personas sensatas y juiciosas—pues los sensatos y juiciosos son siempre, aquí como en todas partes, los más—se quedaban con ellos y no hacían ninguna demostración. Unos los leen, conformes o no con su sentido, otros los dejan sin leer o emplean esos papeles en el

necesitar que más creen conveniente, pero se callan. Pero hay otros que los devuelven y sin más que devolverlos. Estos pobrecitos no pasan de ser unos petulantés. Porque eso de devolver una hoja que le mandan a uno gratis y sin exigirle nada, ni aun que la lea, ¡claro está! no pasa de ser una petulantía; es querer darse importancia. Con frecuencia recibí hojas sueltas alemanas, ya en castellano, ya en alemán, y números de diarios alemanes—hoy, sin ir más lejos, dos números de la «Kölnische Volkszeitung», que han tardado en llegarme, desde Colonia, 25 días el uno y más de un mes el otro—y nunca se me ha ocurrido devolverlos a su punto de origen. Y menos imitaré a aquel pobre ingeniero germanófilo español que devolvió una hoja de propaganda de los aliados diciendo, con su firma, que era inútil para mí, pues él ya tenía formada su opinión—acaso por ciencia infusa—y no la cambiaría por nada. Esta heroica obstinación no me parece nada admirable. Nunca he logrado admirar a esos hombres tan consecuentes e incommovibles que se declaran inconvincentes y para no dejarse convencer se tapan los oídos. El hombre que no admite ni la duda no pasa de ser un desgraciado destituido del verdadero uso de la verdadera razón. Y esta fe de carbonero en la causa de la Kultur tudésca es una de las cosas que más caracterizan a gran parte de nuestros trogloditas atudescados. Como que hoy en día creen en el triunfo de Alemania más que los alemanes mismos, si es que éstos ya creen en él. Y espero que cuando los tudescos racionales y juiciosos—que al caérseles la venda que la guerra les ha puesto ante los ojos, serán los más de ellos—se reconozcan vencidos, nuestros trogloditas seguirán proclamándose vencedores.

Y, volviendo al escrito de P. Paris, éste publica algunas de las contestaciones de los que devolvían al comité internacional de propaganda las hojas de sus «Documentos e informes». Muchas de las notas, las más de ellas, se limitan a decir: «No quiero recibir», «Déjeme en paz!», «Machacáis en hierro frío»—podía haber dicho piedra ferroqueña, — «¡Falso!», «¡Viva Alemania!», «¡Mentiras!»... y otras cosas así, bastante moderadas. Otros les tratan a los aliados de cobardes, farsantes, traidores, canallas, tontos, hipócritas... etc., etc. Pero hay algunas de esas notas marginales de los devolvedores de los «Documentos e informes» que causa sonrojo leer. No voy a reproducirlas aquí. Emplean palabras y expresiones que no se imprimen jamás en ningún escrito público español, como no sea en alguno que circule clandestinamente, palabras y expresiones de las que están proscriptas de la conversación entre personas decentes, palabras y expresiones que sólo emplean los que además de carecer de razones carecen de buena educación. No voy a estamparlas aquí. El que las quiera leer busque el número de la revista francesa, donde las hallará en castellano. Si es que es castellano eso.

se aplica también a neutrales. No es

Como contrapeso publica P. Paris otras comunicaciones, de muy otro tono, en que se les anima a proseguir en su propaganda. En una de ellas se juzga bastante duramente, no con entera justicia acaso, a los alemanes, pero sin esas expresiones soeces que sólo suenan en tabernas y burdeles. Y si se me dijera que en caso de haber recibido escritos de esos, indecorosos, contra los alemanes, los guardaría sin darlos a conocer, diré que no creo que el más encrespado germanófilo los emplee aquí. Yo soy, indudablemente, uno de los que en España y fuera de ella han escrito cosas más duras contra la Kultur y la tudésquería, yo soy uno de los que con más asonada aspereza han condenado la causa germánica en esta guerra, pero si se me ha ocurrido escribir insultos de ese jaez.

«¿Pues no faltaba más!», saltará diciendo al leer esto más de un lector, «¡Pues no faltaba más si no que usted, un hombre educado, profesor y escritor público, fuese a valerse de expresiones en que se desahogan esos pobrecitos sin educación alguna que no hallan otra manera de expresar la vehemencia de sus sentimientos!» Y es verdad, sí, lo reconozco, esos pobrecitos se valen de esas expresiones proscriptas de toda sociedad medianamente culta porque los desgraciados, ayunos de todo raciocinio, no encuentran otro modo de manifestar la irracional violencia de sus sentimientos ciegos y sordos. Pero ello es un síntoma.

A ese haz de flores hispano-germánicas, como lo llama P. Paris, podría yo añadir algún manojito más de las cartas que me ha valido mi correspondencia sobre «Lo de Gibraltar», porque entre los que me la reprochan y tratan de combatírmela, ¡qué horrible penuria, Dios mío, de razonamientos y qué sobreabundancia de indecentes insultos! A los más tontos se les conoce en que me tratan de loco, porque siempre fué achaque de los imbéciles atribuir a locura aquello que en su estupidez no logran comprender bien.

Hay mucho de lamentable en esa mala educación de que adolecen aquí muchas personas que en el fondo no son malas. Sujetos de no malos sentimientos, de una cierta generosidad, de intenciones rectas, se dejan llevar a expresiones groseras y hasta soeces por una especie de soberbia gratuita de que nunca nos hemos visto del todo libres. Es más, hay lugares en que se confunde la franqueza con la grosería, y en que al hombre coacción y fino le toman por hipócrita. Y suele ocurrir que esa gente selvática y bravía, con el pelo de la denesa todavía, esa gente que confunde lo grosero y hasta lo soez con lo franco, se encalabrina e irrita cuando se les combate con las armas de la ironía o de la sátira, y esto porque nada les desconcierta más que el ingenio. Suelen ser gente recelosa.

Me figuro el tormento a que se verán sometidos algunos de esos de mis espontáneos corresponsales, de los que se me vienen, a falta de razones, con improperios y con insultos, cuando se encuentran entre gentes más avisadas y más despiertas que ellos, entre espíritus más sutiles y más finos y les ataquen con una finísima daga florentina o acaso con un bisturí, cuando ellos esgrimen su tranco o apunten con su trabuco naranjero. Y luego, como si lo oyera, cuando les pongan de manifiesto la torpeza de sus procedimientos selváticos y troglodíticos clamarán que se está insultando a su patria. Alguno me escribe esto mismo y añade que ahí no se les quiere a los españoles. Lo cual sé yo



Improperias troglodíticas.



4-184

3

que no es verdad. Como sé también que cada uno habla de la feria según le va en ella. Y sé que quien aquí nos parece a nosotros, a los de su misma casta, un troglodita no puede parecer otra cosa fuera de aquí. Ni en Alemania. Tendría que oír, en efecto, lo que dirían de los más de nuestros germanófilos troglodíticos—hay aquí germanófilos, aunque muy pocos, que no son trogloditas y que, equivocados o no, discurren por su cuenta—tendría que oír, digo, lo que dirían de ellos los alemanes auténticos, los de verdad, si se les pudiese traducir al alemán.

Como que estoy pensando hacer traducir al alemán, si eso fuese posible, las amenidades que en elogio de Alemania y de una supuesta Alemania hispanófila y que se derrite de amor por España, me escriben algunos de esos espontáneos corresponsales. Lo que se relatan en Alemania, donde al fin y al cabo están en el secreto de su hispanofilia! Pero desgraciadamente todo eso es intraducible. Las lenguas alemana y española son dos idiomas articulados, lógicos, nacionales, aunque cada una de ellas con su matiz propio de lógica y de nacionalidad, y se puede traducir de un idioma articulado, lógico y nacional, a otro también articulado, lógico y nacional, mientras que la lengua que emplean esos trogloditas aunque con palabras al parecer españolas es una lengua troglodítica, esto es: cavernaria, inarticulada, ilógica e irracional y el traducirla al alemán articulado, lógico y nacional—¡demasiado articulado y lógico!—sería tarea tan difícil como la de poner en música los ladridos de un perro o los rebuznos de un borrico. He oído decir que hay una fuga musical, la fuga de Scarlatti, que se le ocurrió a éste después de haber oído los sonidos que arrancó a un piano un gato que corrió sobre su teclado y que a esta fuga se la llama la fuga del gato, pero lo que no sé es que haya habido Scarlatti alguno capaz de poner en música los maullidos de un Zapirón.

Moraleja de todo esto: Que esos mis espontáneos corresponsales correctores que se me vienen con improperios y ladridos, no tienen derecho alguno a tomar el nombre de mi patria, que es también, desgraciadamente, la de ellos; que no es cierto que se desprece allí por las personas cultas e instruidas—los incultos e ignorantes son xenófobos en todas partes—a España y a los españoles; que son ellos, los trogloditas que me insultan, y no yo quienes perjudicarían al buen nombre de España, si la gente discreta y culta fuese a juzgar a todo un pueblo por semejantes desgraciados, que aunque meten bulla suelen ser los menos; que yo entiendo hacer una obra de profundo patriotismo dando a conocer fuera de mi patria cuáles son las ideas y los sentimientos de la parte más noble, más culta, más instruída, más independiente, más humana de esta mi España y que he hecho más yo solo por el buen nombre de mi patria que todos ellos con sus selváticos exabruptos y su empeño de defender lo indefendi-

ble. Afortunadamente la parte directiva de la colonia española, de la nobilísima colonia española de esa, y la parte mejor sienten y piensan de otro modo. Y hasta la mayoría de esa colonia, la inmensa, la inmensísima mayoría de esa colonia, aunque no esté de acuerdo con las doctrinas que estoy sosteniendo en torno a esto de la guerra, puedo asegurar que condenaría, si los conociese, los desahogos de esos pobres trogloditas que creen monopolizar el prestigio español y de esos imbeciles que me llaman, honrándome mucho con ello, loco. ¿Qué más puede apetecer un publicista que el pasar por loco entre los tontos?

MIGUEL DE UNAMUNO.

o presuntos culpables. Olvida que la alta mar no está sujeta a jurisdicción



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALÉS